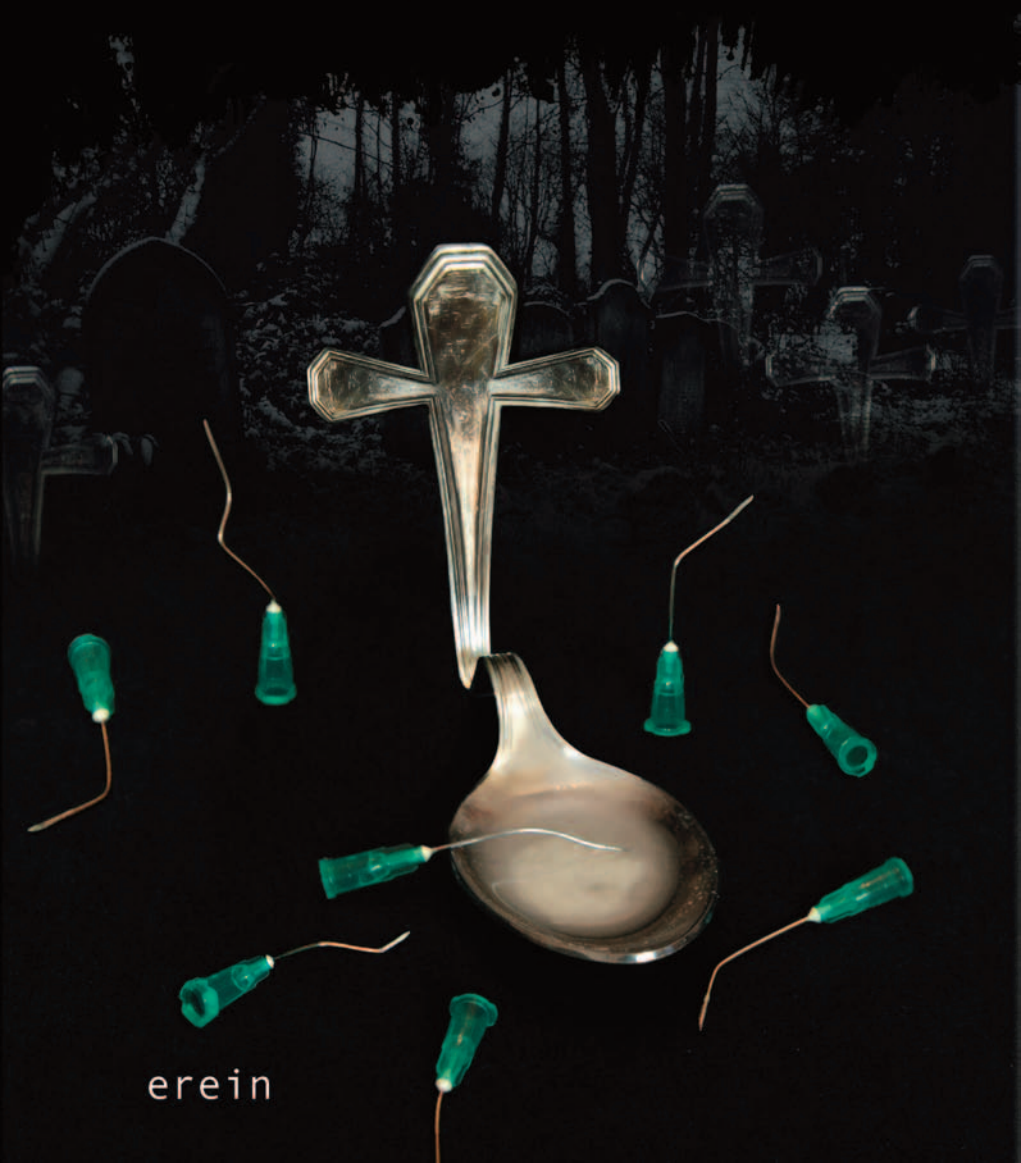


PACO GÓMEZ ESCRIBANO

# YONQUI



erein

PACO GÓMEZ ESCRIBANO

# YONQUI

12

---

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*1. edición: Marzo de 2014*

Diseño de la colección y portada:

Cristina Fernández

Maquetación:

Erein

© Paco Gómez Escribano

© EREIN. Donostia 2014

ISBN: 978-84-9746-891-6

D.L.: SS - 434/2014

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: [erein@erein.com](mailto:erein@erein.com)

[www.erein.com](http://www.erein.com)

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008 F 943 130 822

e-mail: [edizioak@itxaropena.net](mailto:edizioak@itxaropena.net)

[www.itxaropena.net](http://www.itxaropena.net)

PACO GÓMEZ ESCRIBANO

# YONQUI

erein

## ANTES DE EMPEZAR...



De cómo mi familia acabó viviendo en Canillejas, el barrio más al este de Madrid, habría mucho que hablar, pero no viene a cuento. El caso es que yo me crié aquí y mi infancia y, por tanto, la edad adulta, quedaron marcadas por este hecho.

Canillejas no fue siempre un barrio de la capital de España. Era un pueblo que fue anexionado a Madrid el 30 de marzo de 1950 por Decreto Ministerial, justo cuando el municipio estaba en pleno crecimiento, lo cual generó polémica. Antes de esto, el pueblo gozaba de un gran nivel de vida, albergando entre otras las fincas de la marquesa de Torre Arias y del marqués de Canillejas, grandes arboledas y acuíferos y terrenos de cultivo abundantes, principalmente de cebada, garnacho, garbanzo y moscatel, circunvalados por cuatro arroyos.

Por lo demás, el pueblo contaba con su cementerio (aún existe), un lavadero, un cuartel de la guardia civil, sus

iglesias, un ayuntamiento y todos los elementos comunes a cualquier pueblo de la geografía española. Incluso había dos fábricas, la de galletas y la de jabón, de cuya estructura aún se conserva una gran chimenea en una parcela de Torre Arias.

Todo este bienestar se fue al carajo con la anexión y con el desarrollismo urbanístico, que consistía básicamente en hacer pisos como cajas de cerillas para albergar a los obreros procedentes de la emigración rural a la gran ciudad. Concretamente, en Canillejas y como solución temporal se hizo una UVA (Unidad vecinal de absorción), que se convirtió en un enclave permanente hasta que fue demolida años más tarde por ser un foco de delincuencia insoportable. Y en San Blas, que en aquellos tiempos era una dehesa, se hicieron bloques de pisos e incluso algunas torres sin ningún tipo de servicios para los vecinos, que trabajaban en fábricas o en obras, los más agraciados, claro. El resto veían pasar la vida haciendo trapicheos sorteando la legalidad vigente. Una torre de babel de gallegos, asturianos, andaluces, extremeños y castellanos de ambas Castillas que constituyeron una generación de pioneros para ejercer de mano de obra barata y poco cualificada.

El problema vino con la segunda generación, los hijos de estos pioneros que ya habían perdido las raíces y a los que la transición de la dictadura a la ¿democracia? les pilló prácticamente sin haberse cambiado de ropa. Jóvenes a los que les tocó vivir una crisis económica brutal y que ya no tenían ese carácter servil de sus padres, generación a la que yo

mismo pertenezco. Unos jóvenes que, ante la reiterada negación del sistema a darles lo que ellos creían que les pertenecía, decidieron tomarlo por sí mismos, creando un mapa de bandas juveniles que geográficamente iba por barrios periféricos: Carabanchel, La Elipa, Vallecas, Vicálvaro, Villaverde, San Blas y Canillejas, por citar solo unos pocos barrios que eran unos el calco de los otros.

Las penas, por aquel entonces solían matarse con cerveza, vino peleón y copas de anís. Más tarde llegaron la marihuana y el jachís, los tripis, la coca y la heroína. Todo esto deshizo las bandas porque los yonquis no tenían sentido de colectividad alguno y el sistema se quitó un problema de encima. Los hijos empezaron a robar a los padres y hasta a los abuelos para conseguir una jodida papelina. Y unos años más tarde empezaron a aparecer muertos por todas las esquinas. Mi generación no ha vivido una guerra, pero puedo asegurarles que hemos sufrido tantas bajas como en cualquier frente bélico.

La historia que voy a narrarles es la historia de uno de estos chavales, “el Botas”. Un hijo del asfalto, de familia desestructurada y, como les decía antes, un chaval que decidió tomar lo que le negaba el sistema. Quiero que entiendan que esto no es ninguna apología de la delincuencia, ni de las drogas. No, nada por el estilo. Simplemente se narran los hechos como sucedieron desde la perspectiva del protagonista. Y aquí tuve el primer problema: decidir quién contaba la historia. Podría haber optado por el tono neutro del narrador omnisciente, pero la historia no habría resultado tan

creíble. Después, pensé que yo mismo podría narrar la historia. Pero entonces habría quedado una novela como cualquier otra, en la que se nos narra la historia de unos delincuentes que no hablan como delincuentes, y en ese caso, la historia queda aún menos creíble.

Así que un día abrí una cerveza, encendí un cigarrillo y me hice la siguiente pregunta: ¿Coño, y por qué no narra su propia vida el Botas, con su propio lenguaje? A pesar del riesgo que esto implica, más que nada porque el Botas no es escritor, decidí dejarle a él el tema de la narración. El lenguaje no es tan selecto ni tan elitista, pero, qué quieren que les diga, el resultado es mucho mejor. Entre otras cosas, ya le disculparán, porque el Botas se toma muchas licencias en esto del lenguaje. Pero, qué le vamos a hacer, al fin y al cabo en mi barrio un *colgao* es un *colgao*, y no un colgado.

Creo que la cosa le ha quedado bien, al menos los diálogos son genuinos. El Botas los plasma tal y como ocurrieron, tomándose, ya digo, muchas licencias, incluso en la voz del narrador, que mantiene diversos tonos a lo largo de la novela. Tengan en cuenta que esta historia le coge con dieciséis años y la termina rebasados los veinte. En cualquier caso, ustedes, los lectores, tienen la última palabra.

He cambiado nombres por no herir susceptibilidades. Y llegados aquí, quizá convenga decir eso tan manido de que todo parecido con la realidad es pura coincidencia..., o no.

En fin, que como dice alguien a quien conozco bien: No somos *na...*



# 1

## UN PALO Y UN GOLPE DE SUERTE



El Chino golpeó a la puerta de su casa como si aporreara a un perro rabioso. Sus padres se habían ido de fin de semana al pueblo, pero su hermano y él se quedaron. Después de dar unas cuantas vueltas por el barrio, tomarnos unos litros de cerveza y fumarnos unos porros, nos había convencido para ir a su *keli* a escuchar música. Seguramente su hermano estaría con sus colegas y nos invitarían a unas rayas de *speed*.

—Los cabrones tienen la música a toda hostia. Por eso no nos oyen —dijo el Chino mientras pulsaba el timbre y seguía aporreando la puerta.

—Joder, tío, ¿y no tienes llave? —le contesté.

—Me la he *dejao* dentro, joder.

El Chino siguió llamando. A través de la puerta, escuchábamos a los Leño a toda hostia. El Conejo y yo nos mirábamos con cara de pasmarotes. Finalmente, la puerta se entreabrió y por la rendija asomó el careto del hermano del

Chino. Era un nota alto de mirada penetrante, el típico tío al que, si te lo encuentras en un callejón de noche, cuando menos flipas. Tenía los pelos alborotados y barba de tres días. Nos franqueó el paso con una sonrisa de *colgao* que te pasas. Le seguimos hasta una habitación y nos sentamos en el suelo junto a sus colegas. No les conocía, debían ser de San Blas o vaya usted a saber. Eran mayores que nosotros, por lo menos cuatro o cinco años. Allí no se entendía nada de nada, ni falta que hacía. No sé si íbamos más *colgaos* nosotros o ellos. Los compases de “Este Madrid” sonaban a toda caña.

Uno de los colegas del hermano del Chino me pasó una trompeta de jachís. Los muy bestias se la habían hecho por lo menos con seis papelillos. La primera calada me rompió el pecho. La sostuve entre los dedos dando una fumada de vez en cuando mientras observaba el percal en aquella habitación. Los notas empezaron a sacar fajos de billetes de una bolsa de deportes y después echaron las fuscas en la misma bolsa. El hermano del Chino la guardó en el altillo de un armario. Luego procedieron a hacer el reparto. Habían pegado un palo en una empresa de transportes y les había salido bien. El Chino, a requerimiento de su hermano, puso unos vasos anchos con hielo en el suelo y los rellenó de whisky, Chivas de doce años que a saber de dónde habría salido. Brindamos y permanecimos allí bebiendo y fumando porros un buen rato hasta que pillamos un globo del carajo. El hermano del Chino se fue a la cocina y volvió con una tabla de madera de las de cortar el chorizo. Puso siete rayas de *speed*. De cada una se podían sacar por lo menos tres, pero alguien

dijo que había que celebrarlo a lo grande. Esnifé la mía y a los pocos segundos escuchaba aún más nítidamente las notas del elepé de Leño y creí ir en un tren hacia un destino desconocido. Premonitorio.

Dar palos tiene el inconveniente de que te pueden pillar si no los planeas con un mínimo de detalle. La lucidez que me dio el *rayajo* me permitió escuchar el timbre de la puerta. Sonaba de manera machacona. Se lo dije al Chino, que fue a abrir. Volvió con cara de “¡hostias, colegas, que nos han *ligao!*”.

—¡Agua, agua, los maderos! —gritó.

La palabra madero me da alergia. A veces pienso que es algo instintivo, como un mecanismo de autodefensa. El mismo que me hizo ponerme de pie de un salto y salir de najas hasta la cocina seguido del Conejo. Saltamos por la ventana a un patio interior, de esos en los que las vecinas se ponen a cotorrear por las mañanas. La putada era que no tenía salida. Oteamos el panorama como dos alimañas acorraladas hasta que vimos una ventana abierta justo enfrente.

—¡Allí, Botas! —gritó el Conejo.

—¡Vamos!

Saltamos por la ventana hacia el interior de la vivienda y nos plantamos en una cocina en la que una vieja daba vueltas a un guiso. Olía a judías y a ajo. Metió un grito de la hostia. Solo teníamos dieciséis años, pero había que reconocer que teníamos unas pintas que dábamos miedo. Aun así, el grito de la vieja me pareció exagerado. Pasamos de ella y salimos al pasillo de la casa. Enseguida vislumbramos lo que

podía ser la puerta de salida. Intenté seguir al Conejo, pero algo me lo impidió. Yo llevaba el pelo largo. El que debía ser el marido de la vieja me tenía agarrado de la melena.

—¡Hijos de puta, voy a llamar a la policía! —gritó.

El Conejo me miraba desde el fondo del pasillo con la puerta abierta, pero yo no podía soltarme. Finalmente me volví y le di una patada en los huevos. El viejo aulló, le hice daño seguro, así que me soltó

—Lo siento, abuelo —le dije.

—¡Cabrón...!

Salimos a una calle paralela a la que vivía el Chino. Nos alejamos lo suficiente. Pudimos ver cómo los maderos sacaban esposados al Chino, a su hermano y a sus colegas. Los metieron en las lecheras y se los llevaron con las sirenas a toda caña. Pillamos un litro de cerveza en la bodega del Joaquui y nos salimos fuera. La bodega del Joaquui era un templo, pero en vez de feligreses había borrachos de todo pelaje.

—Por un pelo, tronco —dijo el Conejo secándose el sudor de la frente.

—Casi nos pillan, sí.

—Los van a inflar a hostias.

—Eso como poco. Atraco a mano armada, les va a caer un marronazo que te pasas, porque además ahí ninguno es virgen.

—¿Eh?

—En antecedentes, coño.

—Ah...

Miré el *peluco*. Eran las diez, aunque me sudaba el nabo la hora. Pero me gustaba mirar mi Citizen, es la hostia de chulo. Me lo había *agenciaio* en un palo a una joyería del centro.

Llegados a este punto, he de decirles que soy el Botas y que cuando transcurre esta historia tengo dieciséis años, aunque en muchos aspectos podría decirse que tenía cuarenta. La mayoría del tiempo de mi corta vida la había pasado en la calle. Había ido al colegio algún tiempo, lo suficiente para aprender a leer y a escribir.

Lo suficiente para que me expulsaran por hacerles putadas a los profesores.

Lo suficiente como para odiar a todo el mundo y decidir que a partir de entonces haría lo que me saliera de los cojones. ¿Que por qué me llaman el Botas? Bueno, eso es normal. En mi barrio todos tenemos un mote. Mi barrio está lleno de descampados y cuando éramos pequeños jugábamos mucho al fútbol. Ahora no tanto, prefiero hacerme un coche, dar un palo, colocarme o las tres cosas a la vez. Solíamos jugar con playeros, pero un día pasé a una tienda de deportes y “me hice” con unas botas de fútbol reglamentarias, de ahí mi sobrenombre. El Conejo tenía una dentadura en la que destacaban las dos palas delanteras. Si a eso añadimos que era un chaval espigado con unas piernas más largas que un día sin jachís, podrán deducir que estaba predestinado a ser el Conejo. Normal. En cuanto al Chino, ya se imaginarán. En todas las putas bascas hay algún cabrón que tiene los jodidos ojos rasgados.

–Oye, tronco, podríamos pillar un poco de caballo.

–Vale, por mí...

–¿Vamos donde el Chato?

–El Chato no tiene un buen corte últimamente. Mejor vamos a la Celsa.

–Pues anda que en la Celsa... Pero vale. ¿Nos hacemos un *buga*?

–No hace falta. Mi viejo ya ha *terminao* el turno y podemos pillar la *furgona*.

–Pues venga.

El viejo del Conejo era transportista de una empresa cure. Según me comentó mi colega, le tocaba librar un par de días, justo el *finde*. Como la furgoneta era suya, la tenía aparcada a dos manzanas de su *keli*. Le acompañé hasta su casa y le esperé en el portal. Me dijo que tenía que subir a por las llaves, a por el loro y a pillar unas cintas de música, que el viejo solo llevaba a Antonio Molina.

Tardó poco. Montamos en el carro, un R-4 cochambroso, y el Conejo insertó el loro extraíble. Puso una cinta y empezaron a sonar los “Leño”. Nos gustaba ese jodido grupo. El viejo del Conejo era un poco cerdo. El suelo estaba sucio. Había restos de comida, cascotes de botellines y hasta preservativos. Olía a tigre.

–¡Qué asco, tronco! Esto es una jodida pocilga.

El Conejo puso una sonrisa tonta. Tiramos toda la mierda que pudimos por la ventana, arrancamos y en diez minutos nos plantamos en San Blas. La Celsa empezó siendo un poblado de prefabricados en donde alojaban a la peña en

espera de un piso de protección oficial. Poco a poco, los gitanos se fueron haciendo con el control y ya no los sacaban de allí ni con agua caliente. Años más tarde, cuando construyeron la M-40, serían desalojados por los GEOS, que tuvieron que cubrirse la cara para que no hubiera represalias. Lo que sí hubo fueron muchos tiros. Cuando entraron las máquinas a demoler los prefabricados, de debajo de los cimientos sacaron bolsas de dinero, de drogas y armas, hasta kalashnikovs rusos, y también joyas. Alguien se debió forrar. Aún hoy recuerdo ese desalojo que presencié en directo. Pero esa, es otra historia.

Nada más llegar a la carretera que daba acceso al poblado, nos encontramos con una piba que venía corriendo igual que si la persiguiera un toro bravo. Llevaba una bolsa de deportes. Se plantó delante de nosotros. Casi la atropellamos. Se acercó a la ventanilla del Conejo.

—¡Rápido, tíos! ¡Si me sacáis de aquí, vamos a medias!

Abrió la bolsa de deportes. Vimos que llevaba varias bolsas de lo que podía ser caballo o perico, un revólver y una automática. También había dos fajos de billetes. El Conejo y yo nos miramos. Le abrimos la puerta y salimos a toda hostia, marcha atrás, chirriando ruedas.

Acabamos en el barrio, en un descampado entre San Blas y Canillejas, al lado de una caseta de una central eléctrica que tenía transformadores. Allí, el carro pasaba desapercibido. El Conejo sacó una linterna de la guantera y, ya fuera del coche, miramos el interior de la bolsa. Se nos iluminaron los ojos.

La piba era mayor que nosotros y desde que la recogimos no había abierto la boca. Allí de pie, mirándonos, a lo mejor se estaba dando cuenta de que la había cagado, de que estaba en medio de la nada con dos pavos que no había visto nunca y de los que desconocía sus intenciones. De hecho, el Conejo se acercó hasta mi oído.

—A esta la damos dos *patás* y la dejamos aquí —me dijo con la misma sensibilidad que pueda destilar una locomotora de tren.

—Estaría bien —le contesté—, pero me da palo, tío.

—No me jodas, ¿ahora te vas a hacer el blando? ¿Tú sabes la pasta que hay aquí? ¿Por qué tenemos que repartirlo con ella?

—¡Porque me sale de los cojones! ¿Te vale?

Hablábamos en voz baja, pero la piba nos oyó.

—¡Eh, no me la juguéis, tíos! ¡Tenemos un trato!

—¡Cállate, zorra! —dijo el Conejo.

No sé por qué me dio esa vena, pero miré al Conejo a los ojos hasta asegurarme de que haríamos lo que yo dijera. La piba seguía acojonada. La miré y hablé con ella.

—No te preocupes, tía, no vamos a hacerte nada, el palo es tuyo, pero más te vale no volver a pasar por la Celsa o será lo último que hagas.

—No pensaba hacerlo —dijo ya más calmada.

—O estás grillada o tienes unos huevos como el caballo del Espartero. ¿Nos metemos unas rayas? —pregunté. Había rajado un par de paquetes. En uno había caballo y en otro perico.



—Vale —dijo el Conejo resignado. Me había visto probar el material con la punta del corte—. ¿Es jaco o perico?

—Hay de las dos cosas. A mí me apetece perico, pero lo que queráis.

Preparé tres rayas de coca en el capó de la furgoneta. Estaba muy buena. Después repartí el dinero de los fajos. Tres partes iguales. De los seis paquetes, tres eran de heroína y tres de coca, así que nos quedamos con uno de cada para cada uno.

—Las pipas —el revólver y la automática— nos las quedamos nosotros, por el servicio de sacarte de la Celsa —le dije a la piba.

—Por mí vale, no me interesan las pipas.

Pero en un momento en que nos descuidamos, la piba cogió la automática y nos apuntó. El Conejo fue a echar mano al revólver.

—¡Ni se te ocurra, *pringao!* ¡No me he *jugao* la vida para repartir toda esta mierda con unos gilipollas de niñatos!

La calle me había enseñado muchas cosas. Entre ellas a no confiar en nadie. Tendría que haber hecho caso a mi colega. Finalmente, la piba no resultó ser trigo limpio.

La calle también me había enseñado a reaccionar, a no esperar acontecimientos. Así que aproveché el momento en que la piba apuntaba a mi colega, me agaché y le hice un barrido con mi pierna derecha. La piba cayó de espaldas. Sonó un disparo. Tuvimos suerte. No nos dio. El Conejo empezó a patearla en el suelo.

—¡Hija de puta, te voy a matar!

Sujeté al Conejo, pero esperé un rato. Tenía todo el derecho del mundo a patearle la cara a la piba. Después, mientras ella abría unos ojos como platos, le metí el cañón del revólver en la boca.

–Da gracias, vamos a dejarte aquí. Te buscas la vida. No quiero volver a verte por mi barrio. No quiero volver a verte en mi puta vida. ¿Lo pillas?

La piba meneó la cabeza arriba y abajo despacio, como pudo. El Conejo y yo recogimos toda la movida y la metimos en la *furgona*. Antes de irme, volví a acercarme hasta donde estaba tumbada. Saqué el estilete para marcarle la cara. Ahora fue el Conejo el que me sujetó.

–No te compliques la vida, Botas.

–Putá –le dije. Le escupí en todo el careto.

Como ven, soy un romántico.

## 2

### UN VIAJE INESPERADO



Nos alejamos en la *furgona* para dirigirnos al barrio. Paramos en una zona oscura y alejada y nos metimos otras dos rayas de perico.

–Oye, tronco –le dije al Conejo–, deberíamos guardar todo esto.

–Sí, por lo menos la pasta. ¿Cuánto habrá?

No es que fuéramos lumbreras, pero sabíamos contar. Y contamos. Teníamos trescientos y pico talegos. ¿Ustedes saben lo que son talegos? Bueno, llamábamos así a los billetes de mil pelás, así que eso hacían trescientas mil arriba o abajo. Nos repartimos la pasta.

–¿Y qué hacemos con el material? –preguntó el Conejo.

–Lo pulimos.

–Ya, es lo que había pensado. Las pipas nos las quedamos, nos pueden servir para dar palos. Pero tú sabes que si vendemos aquí el jaco y el perico, la peña empezará a hacer preguntas.

–Sí. El Chato se enteraría y no va a dejar que dos *pringaos* como nosotros le hagan la competencia. Nos denunciaría y se nos echaría encima a la pasma.

–¿Entonces?

–Guardamos la pasta, cogemos el caballo y la coca y nos vamos por ahí a pulirla.

–¿A dónde?

–Tengo un colega en Soria. Vive con otros colegas mayores en una casa. Seguro que nos ayuda a vender esta mierda. Podríamos pulirla allí. Le damos un porcentaje y a tomar por culo.

–¿Tu colega es de fiar?

–Hombre, le conozco desde que éramos pequeños. Es del pueblo de mis viejos.

–A tomar por culo, a Soria.

–¿Ahora?

–Ahora

Cada uno subimos a nuestra casa y en cinco minutos estábamos de vuelta. Dejamos las pelas y algo de droga para nuestro propio consumo, para la vuelta. Compramos unos tercios de cerveza, nos hicimos un porro y enfilamos la carretera de Barcelona. Yo no tenía ni puta idea de dónde estaba Soria, pero el Conejo, según decía, sí.

–Qué hija de puta la piba –dijo el Conejo.

–Ya te digo. Un poco más y nos la juega. Como la pillen los gitanos la entierran viva.

–Más vale que no.

–¿Por qué lo dices?

—Porque si la pillan, dirá que hemos sido nosotros para salvar el culo.

—Coño, no había caído. De todas formas no sabe quiénes somos.

—¿Y quién te dice que no ha *apuntao* la matrícula de la furgoneta?

—Joder, pues es verdad. La mato, entonces sí que la mato.

—Olvidalo, confiemos en que esté tan acojonada que todavía esté corriendo.

No había tráfico. Nos bebimos todas las birras por el camino. Cuando nos daba el muermo, esnifábamos una raya. Y cuando nos metía el *subidón*, fumábamos un petardo. Total que llegamos a la puerta de la casa del colega del Conejo con un pedo del quince. Llevábamos el material en una bolsa de la frutería del barrio y los fuscos en el cinturón, como si fuéramos jodidos mafiosos.

—¡Coño, Conejo! —le dijo su colega al abrirnos. La casa estaba a las afueras de la ciudad. Le faltaba medio *tejao* y la cal de las paredes o la pintura o lo que coño fuera se caía a cachos. El nota hablaba raro, no como hablamos en el barrio. Era un jodido paleta, pero era el colega del Conejo.

—Mira —me dijo—. Este es el Peri. Peri, mi colega el Botas.

Nos dimos la mano. Entramos. Aquello era una jodida pocilga. Al parecer, el Peri y sus colegas se dedicaban a trapichear y a dar palos. Nos fue presentando a la peña. Había cinco igual de paletos con una cara de bestias que tiraban

para atrás. Sacaron unos litros de cerveza y el Conejo les contó la movida.

—Hombre, aquí lo podemos pulir, la peña está *desesperá*. A veces tenemos que ir a Madrid a pillar, con eso te digo *to*. ¿Es buena mierda?

—De primera —dijo el Conejo—. Vamos a probarla. ¿Tenéis chutas?

Las chutas, siempre el mismo jodido problema. ¿Cuántas veces me había prometido comprar una de cristal para mi propio consumo? Un jodido montón de veces. Pero siempre se me olvidaba. Se me alegró la cara cuando el Peri sacó una bolsa con jeringuillas nuevas. Siempre era lo mismo. Si te apetecía un pico hacías lo que fuera por metértelo, ya fuera con chuta nueva o usada.

Recuerdo que calenté la cucharilla.

Recuerdo el caballo entrando por mis venas.

Recuerdo un *subidón* de la hostia. Pero no recuerdo más.

Al día siguiente me desperté en el mismo sitio en el que me había *quedao* dormido, un sofá cochambroso que debía tener hasta pulgas. Un perro del tamaño de un caballo me estaba chupando la cara.

—¡Joder, qué asco! —dije.

Le metí una patada al chucho y me puse a buscar el servicio. Aquello olía a tigre que tiraba *pa* atrás. Me lavé la cara en un lavabo que un día debió ser blanco, tenía más mugre que el palo de un gallinero. Luego eché una meada, en el mismo lavabo, la taza del váter daba todavía más asco. Finalmente tuve que hacer uso, ya que me vinieron unas ganas

de cagar que te pasas. Terminé echando la pota. Estaba hecho una mierda, pero estaba demasiado *acostumbrao* a diarreas y a potas. Al salir, abrí la nevera y encontré un tercio de cerveza. La birra me sentó el estómago. Estos cabrones se fueron despertando y más o menos fueron haciendo lo mismo que yo. Lavarse, plantar un pino y echar la pela. Parecíamos jodidos zombis que acabáramos de resucitar.

Al cabo de un rato, el Peri trajo unas cervezas de una bodega de al lado. Nos hicimos unos porros y empezamos a hablar. Un tal Genaro (vaya nombre) llevaba la voz cantante.

—Mirar, colegas, como os ha dicho el Peri, aquí podemos pulir esto. Pero estamos en Soria, esto no es Madrid, nos va a llevar tiempo. La cosa va a ir lenta.

—¿Cuánto tiempo?

—No te lo puedo decir —dijo el Genaro. El nota tendría unos dieciocho o diecinueve tacos. Le faltaban la mitad de los dientes. Era pelirrojo, alto y su careto daba grima. Claro, que todos teníamos unos jodidos caretos de yonquis que daban grima. Me molaba su camiseta de los Ramones—. Lo mismo lo pulimos en una semana que en un mes. Y luego está lo del reparto. ¿Qué ganamos nosotros con esto?

El Conejo yo nos miramos. Los demás nos miraban esperando una respuesta, pero el Conejo y yo no habíamos hablado del tema. Le dejé hablar a él, al fin y al cabo, el Peri era su colega.

—Dos mitades —dijo finalmente—. Una para vosotros y otra para nosotros. —A mí no me pareció mal. Teníamos la

pasta en metálico del palo de la piba y nos quitábamos el marrón de ir trapicheando por las esquinas.

El Genaro habló en voz baja con el que debía ser su segundo, un nota que tenía la cara picada de viruela y que se sorbía los mocos cada dos por tres.

–Vale, dijo el Genaro. Cuando lo hayamos pulido, el Peri os pega un toque, porque supongo que os marcháis *pa* Madrid ¿no?

–Os podéis quedar si queréis –dijo el Peri.

–No podemos –dijo el Conejo–. La *furgona* es de mi padre y curra mañana. Nos tenemos que ir *pal* barrio.

Pasamos el resto del día colocándonos, ¿qué otra cosa podíamos hacer? A las once de la noche, el Conejo y yo nos tomamos un bocata de tortilla y unas birras en un bar. Cuando llegamos hasta donde habíamos *aparcao* la *furgona*, algún hijo de puta había roto el cristal y se había llevado el loro del viejo del Conejo.

–¡Hijos de puta! –exclamó–. ¡Mi viejo me mata! ¡*Sirlarnos* el loro a nosotros!

–Mira que te lo dije, tronco.

–Joder, yo pensé que en Soria no había chorizos.

–No te jodes, y tus colegas qué coño son?

No dejaba de ser pintoresco que nos hubieran *levantao* el loro, a nosotros, que nos dedicábamos a ello.

–Venga, no llores más, maricona. Vamos a buscar uno.

Dimos unas cuantas vueltas hasta que encontramos un Renault 5 que se había dejado el loro puesto. Al menos, nosotros fuimos profesionales, no destrozamos nada. Abrimos



la puerta y nos hicimos con él, un Blaupunkt de puta madre muy parecido al que nos habían *sirlao*. Lo mismo hasta encajaría en el alojamiento del loro sin cambiar ni un puto cable. Antes de irme, miré en la guantera, por si había algo más, ya puestos... Encontré una cartilla de Cajamadrid. La abrí por la primera página y allí estaba, el número secreto apuntado a boli. Hacía falta ser pardillo.

Volvimos a la furgoneta. El loro encajó a la perfección. No es que hubiera muchos Cajamadrid en Soria, pero al final encontramos uno. Metimos la cartilla y sacamos el máximo, cincuenta talegos. Eran las doce menos cinco. A las doce y un minuto sacamos otros cincuenta. Arrancamos y tiré la cartilla por la ventana. El Conejo propuso meternos unas rayas de perico, para conducir bien. ¿Quién era yo para llevarle la contraria? A las dos, después de varias paradas para rayarnos, estábamos de vuelta en el barrio. Llamamos a la puerta de lo del Joaqui. Levantó el cierre.

—¿Qué coño queréis vosotros a estas horas, joder? Estoy jugando en la timba.

Le compramos un litro de cerveza, le pagamos y nos fuimos. Las timbas del Joaqui eran famosas. Había peña que se jugaba el sueldo entero nada más cobrar. *Pringaos*.

Nos hicimos un peta y nos bebimos el litro tranquilamente.

—¿Te fías de tus colegas?

—Que sí, coño, tronco, ya te lo he dicho. Al Peri le conozco desde que éramos pequeños. Quédate tranquilo. Es de ley. Lo que me preocupa es mi viejo. Ya sabes cómo es.

—El loro es muy parecido. Fijo que no se da ni cuenta. Y la ventana, a ver cómo va a saber que no se la han roto aquí. Mañana cuando baje se cagará en los muertos del autobús y la cambiará. Fin de la historia.

No parecía muy convencido. Era normal. El viejo del Conejo era un armario *empotrado*, y de vez en cuando, le daba una estiba de hostias. Sobre todo cuando nos pillaban los maderos haciendo alguna trastada o dando algún palo.

—¿Cómo estarán el Chino, su hermano y sus colegas?  
—me preguntó.

—Pues cómo van a estar. Les habrán puesto la cara como un pan candéal.

—Sí, hostias hasta en el DNI.

—Habrán tenido que cantar por soleares para que les dejen en paz. El Chino tendrá suerte, es menor. A lo mejor con un año en un correccional le apañan. Pero su hermano y los colegas van al trullo fijo, que me quede más *delgao* si miento.

El Conejo se rió, pero era una sonrisa triste. Nos despedimos. Subí hasta casa. Mi madre estaba sentada en el sillón, sin luces.

Me dio un susto que te pasas.

Y me dio una hostia en la cara que te pasas. De vez en cuando lo hacía, sobre todo si estaba sobria.

—¿Dónde coño has estado todo el día? ¡Me vas a matar a disgustos, como si no hubiera tenido bastante con tu padre y tus hermanos!

La abracé. Le dije que se calmara.

—¡Una mierda me voy a calmar!

La escuché trastear por la cocina. Guardaba el coñac en un mueble. El mismo en que estaban las lentejas, los garbanzos y todas esas mierdas. Me salí a la terraza. En media hora se pondría pedo y se iría a la cama. Ella no tenía la culpa. Era esta mierda de barrio. Mi hermano Paco tenía diecinueve cuando murió. Era yonqui. No fue sobredosis ni nada de eso. De repente, un día se sintió mal. Mucho más que habitualmente. En el hospital nos dijeron que tenía la hepatitis C muy avanzada y que no podían hacer nada por él. El virus llegó, seguramente, a su sangre mediante una jeringuilla usada y la cagó. Mi padre murió de cirrosis, pero eso en el barrio no es noticia. Reventó en la bodega del Joaquín con una copa de Veterano en la mano y un pitillo de Rex en la otra. Siempre estaba bebiendo, lo recuerdo así desde que tengo uso de razón. Cobraba una mísera pensión por una enfermedad pulmonar que había *pillao* en la fundición en la que curró treinta años.

Y luego estaba lo de María, mi hermana. Hacía dos años que se había fugado de casa para irse a una comuna jipi en Ibiza. Como tenía dieciocho años cumplidos, mi madre no pudo hacer nada excepto agarrarse a la botella de Terry. Bueno, a veces también se metía lingotazos de Marie Brizard.

Como pueden ver, tenía una familia bien estructurada y bien avenida. Cuando escuché que la vieja se acostaba, me hice un peta. Miré el calendario del Cajamadrid que mi madre siempre traía del banco. Ocho de mayo de 1978. Anda que no me quedaba vida por delante.

Qué pereza.